

El bello amor humano LYONEL TROUILLOT

Nuevos Tiempos Siruela



Lyonel Trouillot

El bello amor humano

Traducción del francés de
Elena García-Aranda

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatorias

Citas

Nota del autor

EL BELLO AMOR HUMANO

Anaïse

Thomas

El bello amor humano

Nota de la traductora

Créditos

EL BELLO AMOR HUMANO

*Para Sabine, Anne-Gaëlle,
para Anaïs, a quien debo el final*

A la memoria de Jacques Stephen Alexis, el maestro

*Pero en verdad aún la espero
Con el alma y el corazón
Y en el puente de los Regresa
Si alguna vez vuelve esta mujer
Yo le diré estoy contento.*

Guillaume Apollinaire

*Y he aquí que desde hace diez años espero mi primera
noche de amor, la noche que me despertará y me conducirá
hacia el día...*

Jacques Stephen Alexis

«La belle amour humaine» es el título de un texto de felicitación de Año Nuevo publicado por Jacques Stephen Alexis en enero de 1957 en la revista *Les Lettres françaises*.
(N. del A.)

Anaïse

El mar había sido más generoso que de costumbre y los pescadores habían capturado tal cantidad de sardinas y de langostas que tras regresar al pueblo, al atardecer, amarrar las barcas y tranquilizar a sus compañeras, pasaron la noche entonando canciones marineras con la mirada puesta en las constelaciones, y no vieron las llamas del incendio. Según recuerdan los aldeanos, jamás vivieron una mañana mejor ni una mejor noche, y de no ser por la memoria carnal de los manjares y los besos, creerían incluso haberlas soñado. Eso es lo que los hombres te dirán. Las mujeres, por su parte, añadirán que aquella noche soplaba una brisa fresca y perfumada, mezcla de salvia, jazmín e ilang-ilang. Embriagadas de felicidad, volvieron a sentirse niñas y durmieron con las ventanas abiertas, soñando con bellos capitanes de navío. Según recuerdan las mujeres de los marineros, nunca viajaron tan lejos, ni visitaron tan bellos parajes, ni compartieron más tiernos abrazos, ni tuvieron más hermosos encuentros. Ningún olor a quemado vino a turbar sus sueños. Eso es lo que ellas te dirán. Y si pasamos a detallar lo que hicieron los que no eran ni marineros ni mujeres de marineros, ni asimilables a esa primera categoría (pues el oficio de marinero no prohíbe en absoluto ser además percusionista, jugador de dados o filósofo), habrás de saber que Justin, legislador benévolo y

autodidacta, había estado trabajando hasta la aurora en su nuevo código legislativo al servicio de la felicidad, en el importantísimo capítulo dedicado a la unión libre, los regalos, la reciprocidad y otras virtudes cotidianas. Excitado y orgulloso de sus propuestas, había instalado su silla ante el mar para esperar el comienzo del nuevo día mientras bebía té de guanábana, y fue testigo de una sola cosa: el suave fuego del sol al amanecer. El pintor Frantz Jacob, su sobrino y Solène, la joven de salvaje belleza, habían pasado la mayor parte de la noche hablando de pintura, de las fuerzas y debilidades del trazo y el color, de su capacidad e incapacidad para reflejar las cosas tal como son y no son, y pasando del arte a la vida, la conversación viró hacia la arrogancia de aquellos que siempre creen poder distinguir entre acción y pensamiento, sueño y realidad, mentira y verdad. Las aves nocturnas no pararon de cantar, improvisando para la ocasión y agregando de este modo su granito de arena a la conversación. Y si volvemos al ambiente general, si queremos describir la atmósfera reinante, dar una visión de conjunto, habrás de saber que las aguas estaban calmas y los espíritus tranquilos, que no había signo alguno de agitación; ni dolores de cabeza ni de muelas vinieron a perturbar el sueño de los niños, que dejaron a sus madres sumidas en sus sueños y esperaron a la mañana siguiente para satisfacer sus demandas de leche y ternura. A pesar de su pobreza y su aislamiento, la aldea marinera de Anse-à-Fôleur había vivido un día y una noche que rozaban la perfección, y nada revelaba el más mínimo indicio de las causas y circunstancias del incendio. Al día siguiente del drama, si es que hubo tal, a las ocho, después de haber bebido el café preparado por su amada compañera y de haberla besado en signo de agradecimiento, ritual invariable durante sus veinte años de concubinato, el jefe de sección, único representante de las fuerzas públicas en la aldea, constató al efectuar su ronda que el

emplazamiento de las casas estaba vacío, con la excepción de dos montoncitos gemelos de ceniza, y que el coronel y el hombre de negocios no se entregaban a su cotidiano paseo triunfal por la playa. Sin consultar a su concubina (ella no habría dudado en desaconsejarle la puesta en marcha de una investigación carente del más mínimo interés para la comunidad, y de ponerle en guardia contra cualquier llamada a fuerzas exteriores para resolver un problema local), se marchó en bicicleta al pueblo vecino, esperó una hora hasta tener línea con la capital, y avisó a las autoridades.

Eso es, pues, lo que te dirán, y solamente en el caso de que tengan ganas de hablar. Allí, viviendo entre el mar y el arco iris, los colores son a menudo lo único que se necesita. Son capaces de pasar días enteros recorriendo la orilla del mar sin necesidad de volcar sus pensamientos en palabras. No es como aquí, donde la vida tiene miedo del silencio. Aquí, o estás preparado desde que despiertas para la lucha cotidiana, o la vida te pasa de largo. El pan hay que cazarlo como se caza a una presa y, como no hay para todos, el ruido ocupa el lugar de la esperanza. Lo que has visto en el aeropuerto, veinte porteadores para una sola maleta, chapurreando en todos los idiomas del mundo, no es nada. Espera a ver el centro de la ciudad. Tendremos que atravesarla, abriéndonos paso a través del ruido hasta llegar a la Estación del Norte. Los extranjeros suelen quedarse medio sordos con toda esa algarabía de objetos, animales y hombres. Cacerolas. Silenciadores. Vendedores ambulantes que pregonan de todo, desde elixires a antibióticos, pasando por cremas para aclarar la piel y píldoras para engordar. Funcionarios del ayuntamiento expulsando a los vendedores de cereales, frutas y verduras que se instalan en la calzada. Los altavoces de los voluntarios de la sanidad pública elogiando las virtudes de la leche materna y de lavarse las manos. En ninguna parte

pueden escucharse tantos ruidos a la vez, oponiéndose, contradiciéndose, reventando los tímpanos, llenándote la cabeza de ilusión de movimiento. Colas delante de la oficina de Inmigración y del Ministerio de Asuntos Sociales, agentes de seguridad amenazantes, multitudes cuyas reacciones son fruto de las semanas de espera. Mototaxis colándose entre los coches. Cambistas que venden moneda falsa a la tasa del día, agitando billetes ante la cara de los transeúntes para atraer a la clientela. Guardias de tráfico de cháchara con sus amantes en mitad de la calle. Peatones metiéndose por medio y peleándose con quien se les ponga por delante. En el centro de la ciudad, el ruido es como la pobreza, nunca acaba de abarcarse. Cada vez que creemos haberla circunscrito a los barrios creados para ella, la pobreza se desborda y sale fuera. Con el ruido aquí sucede algo parecido. No hay modo de completar la lista. Camiones cisterna chirriando y goteando al subir las cuestas. Niños mayores. Niños pequeños. Niños que todavía son niños y ya tienen niños. Balas perdidas. Locos de Dios, profetas del fin del mundo reprochándote no aceptar a Jesús como tu salvador personal. Las sirenas de las comitivas oficiales. Las radios de los puestos callejeros escupiendo en bucle noticias de desgracias y números de lotería. El gentío gritando al ladrón. El ladrón que se confunde entre el gentío y grita más que nadie. Las peleas de perros, a un lado los pequeños, al otro los grandes; como los humanos, los pequeños huyen gimoteando de la derrota, pero vuelven a la carga y de nuevo son vencidos por los grandes. El público compuesto por desempleados y porteros, que acaba por cansarse de ver el mismo espectáculo una y otra vez, aunque sea gratuito, y dispersa el barullo a palos. Y, como en la vida, los ruidos también tienen sus humores. Si prestas atención, podrás distinguir los ruidos de la cólera de los de la espera y el cansancio. Aquí, los ruidos son la única prueba de la dura tarea de existir, y jamás descansan. Cuando todo lo demás se ha

perdido, el tiempo es lo único que queda por perder: escucha los ruidos del tiempo perdido. Zapatos desparejados arrastrándose por el pavimento. Desfiles. Viudas manifestándose en el Campo de Marte, pidiendo justicia para sus maridos asesinados que en vida nunca fueron muy apreciados, y cuya trágica muerte de repente ha vuelto simpáticos; la asociación de estafados por los Bonos del Tesoro, esperando en vano la devolución de sus inversiones; los empleados de los servicios municipales de limpieza, reclamando el pago de las mensualidades atrasadas mientras caminan sobre las basuras. Los comentaristas deportivos que hacen publicidad para los importadores de arroz y manteca, y no dejan de ladrar ni en los tiempos muertos. Rap. Ritmo. Los decibelios a un volumen demencial de los vehículos del transporte público. El chisporroteo de los sopletes que conectan las tomas ilegales. Los trabajadores de la compañía de electricidad que desconectan los cables. La muchedumbre en torno a los epilépticos que caen, rígidos, bajo los soportales de las tiendas. Incluso la muerte y la nostalgia participan en el concierto... Escucha. Todos estos ruidos de la vida burlándose de la vida. Lo que ha sido y lo que queda. La nostalgia de los ancianos que cruzan las calles con la mirada perdida en los paraísos de su memoria, y se dejan arrollar por los automovilistas. Los hinchas del equipo Vieux Tigre (el Violette) y los del Vieux Lion (el Racing) que hablan de tiempos pasados porque hoy en día, a pesar de sus pomposos nombres de animales de la selva, leones, ni de broma, tigres, venga ya, se han quedado en nada, como la piel de zapa. Los pasos tristes y los zapatos polvorientos de los padres pobres siguiendo penosamente los coches de los cortejos fúnebres. Una mujer desnuda, llorosa, que les dice a los transeúntes: «Rece por mí, señor, compréndame, señora», la crónica de un loco amor. Las comparsas que no esperan que sea carnaval para tocar. Los escolares expulsados de las escuelas privadas por no poder pagar las

tasas que gandulean por las calles inventando nuevos insultos para los locos. Los locos que se dan la vuelta y persiguen a los escolares con pedradas y maldiciones. Los...

...Está bien, ya paro. Podría seguir así durante mucho tiempo, pero seguro que te aburrirías. Aunque hay al menos dos cosas que debes saber. La primera: si comparamos una capital con la otra en cuanto a riquezas y monumentos, es verdad que nosotros no saldríamos ganando. Los turistas que, como tú, proceden de hermosas ciudades, si me piden que pare en los alrededores de una plaza, solamente durante el tiempo necesario para enfocar el objetivo y tomar una fotografía, cuando están ante el monumento lo miran, como mucho, con suficiencia. Un cliente experto en confidencias y juicios de valor, un hombre de negocios con una panza que le auguraba el infarto y el rostro enrojecido a causa del ron al que se consagró durante toda su estancia, me soltó la siguiente frase, con el tono sentencioso de un sabio entre los sabios, como si abriese ante mí la más bella página del libro de las revelaciones:

-Este es el país de las hipérbolos. Para las cosas más insignificantes utilizáis grandes palabras: basílica, avenida, palacio...

Tuve que buscar en el diccionario el significado de la palabra «hipérbole». La literatura no es lo mío. Me llevo mejor con las imágenes. Pero no, no señor, cada uno tiene las basílicas, las avenidas y los palacios que se puede